



DE TODO UN POCO

SIEMPRE ES CURIOSO SABER...

Sintoniz 

**Lo que no se pierde
y lo que no se encuentra**

En uno de los últimos números de este semanario y en la sección correspondiente, se lee, entre otros encontrados en la vía pública, un objeto entregado por una muchacha. Hasta aquí nada de particular, pues esta muchacha cumplió un deber moral y de ciudadanía al entregar a la sección de objetos hallados uno perdido por su propietario y que su conciencia le decía que no era suyo. Pero en todas las cosas hay un reverso y este es que a los pocos días esta muchacha se le extravió por la calle unos guantes, deshace su camino al instante de darse cuenta de ello, recorre las calles de su tránsito y...no los encuentra.

Ella cree que todo el mundo es igual, que el concepto de la propiedad privada está arraigada en los habitantes de esta ciudad, por ello no se desespera; pasan unas horas y al terminar su trabajo con alegría y confianza acude a la misma sección a la que ella entregó un objeto extraviado y su desilusión es grande al comprobar que allí no han entregado nada y que los deberes de moral y de ciudadanía es un mito para ciertas personas. Y, ahora, en voz alta va diciendo: Hay que corregir el refrán popular: Tal farás... tal NO trobarás.

L. I. C.

Un merecido homenaje

El Círculo Artístico de Gerona dedicó el pasado lunes un ferviente homenaje a su distinguido consocio Don José M^a. Plá y Dalmau, por su fructífera gestión como Vocal de la Sección de Música en los dos años de su cargo y como Secretario de la misma vocalía en la actualidad.

Entre las adhesiones que en dicho acto se recibieron, figura la del Instituto de Estudios Guixolenses, del cual el homenajeado es un ferviente admirador y simpático.

Algo relacionado con los relojes, por tratarse de unos aparatos, máquinas o utensilios que nos acompañan siempre, o a los que en cada momento y en todas las ocasiones estamos supeditados, o debemos consultar.

Sir Harols Spencer, astrónomo británico que actualmente se encuentra en California, ha declarado en una reciente conferencia que el *reloj atómico*, última-

mente fabricado en Washington, substituirá, probablemente, al que en la actualidad se utiliza en el Observatorio de Greenwich para regular la hora de todos los relojes del mundo. En opinión del referido sabio, este reloj norteamericano, movido por las vibraciones de los átomos, será de una precisión absoluta,

¿Resultarán o no peligrosas las emanaciones radioactivas que puedan producir tales relojes atómicos?

Como por ahora, según parece, solo se trata de construir uno para ponerlo en lugar del de Greenwich, no creemos que eso deba preocuparnos lo más mínimo a los que tan alejados vivimos del lugar de su emplazamiento.

Y cuando lleguen — si es que llegan — a fabricarse en serie, y estén por lo tanto al alcance de todas las fortunas, seguramente se habrá ya encontrado el modo de que más que perjudiciales resulten beneficiosos para ciertas enfermedades — si no para todas como aquel famoso *Oxiphator*, raro, pero según algunos, eficaz aparato magnético, que hace algunos años se anunciaba por medio de un gran rótulo, en una de las fachadas de la Rambla Vidal.

Prosiguiendo con nuestro tema diremos que entre los mil cachivaches que suelen acumularse en las tiendas de los anticuarios, los que más nos atraen y más nos intrigan son esos viejos relojes de estructuras y formas variadísimas, precisamente porque en medio de tantos recuerdos de otros tiempos, solo ellos, si marchan todavía, parecen conservar y perpetuar algo de aquel vivir pretérito. Y es muy posible que aun algo recuerden de la imagen y el gesto de sus dueños primeros, cuando con precaución les daban cuerda, cuidadosos de no estropear su delicado mecanismo...

Recientemente se celebró en París una exposición de relojes, que resultó cosa muy notable. Los había, en la sección histórica, que fueron propiedad de los más eminentes personajes: María Antonieta, Luis XIV, Richelieu, Colbert, Meissonnier, Alejandro Du-

mas, Félix Faure, el Mariscal Joffre, etc. etc.

Y los había también de los más variados sistemas:

De agua, con los que el tiempo se medía por medio del descenso del líquido que iba cayendo gota a gota. *De arena*, en los que se utilizaba la arena fina. *De longitudes*, que sirven para averiguar las distancias; de bolsillo, de pulsera, de música de péndola, de caja, parlantes, que son los que dan las horas de viva voz; etc. etc.

Pero ninguno de los relojes en el mundo existentes, iguala al de la villa de Lierre, en Flandes, construido por Lodowyk Zimmer, el cual señala las fases de la Luna, los signos del Zodíaco, las fiestas movibles, los días de la semana, los meses, las estaciones del año, y muchas otras cosas que sería prolijo enumerar. Con razón se dió por algunos a este reloj el título de «la octava maravilla del mundo».

En la torre que da entrada a la Plaza de San Marcos, de Venecia, hay también un reloj por el estilo; y otro en Verona.

Entre los relojes, o mejor como ornamento de los mismos, se hicieron verdaderas obras de arte. Y algunos había — especialmente los que solían colocarse entre candelabros, encima de las monumentales chimeneas — que tenían sus argumentos, con asuntos satíricos, muchas veces picarescos, o con alusiones políticas, cual miniaturas de esas *fallas* que hoy se hacen en Valencia, que son quemadas en la festividad de San José.

Si hubo relojes caprichosos, hubo también relojeros que no lo fueron menos. Como aquel de la calle del Call, de Barcelona, que los vendía a kilos, y en desorden y mezclados los tenía llenando todo el espacio disponible de su gran escaparate, cual si fuesen patatas.

Vaya como final, la alusión a un reloj, hecha por un literato o novelista moderno (Alfredo Marquerie): «Cuatro pisos y la portería» — Novela corta — «Vértice». 1943.

«Se miraban Hortensia y Rosa. Duplicaban y devolvían en sus ojos la imagen interior e idénti-



JUEGOS

Junto a la playa ancha, en el rompiente del mar, chapoteando en el agua, unos chiquillos se adiestraban con el arpón; y algún pez que otro sintió en su carne el dolor del hierro.

Un perrazo rojo pretendía, en vano, dar caza a las gaviotas, velas latinas del aire salado.

El juego instintivo, cruel y elemental del perro y los niños arrancaba espuma y protestas del suave oleaje.

Playa adentro, sobre sus barcas, preparaban los pescadores aparejos y artes.

El aire era frío, pero el sol en lo alto, en su vertical, — braseo de los humildes, luz y fuego de los parias —, calentaba el día de invierno con brillos primaverales.

El escritor reposaba su pereza apoyado en una barca. Miraba, casi sin ver, en la transparencia del aire. Miraba, simplemente: sin llamar a las cosas, pero nombres y cosas le iban llegando, quedo, muy quedo, al alma.

Una niña rubia de trenzado pelo y mejilla arrebolada iba buscando chinitas en un festón de guijarros. Espumarajos que arrojó el mar en un día de ira olvidado. Pedruscos que bajó el río, y que la mar retornaba.

Las manitas de la niña, manos chicas de tres años, se abrían como capullos, y en sus palmas florecían cristalitos de colores, las sandalias de la Virgen y abanicos de corales.

Qué hermoso me pareció el sueño, aquel soñar de la infancia!

Qué bellos los colorines del cristal redondeado, de tantos besos del cielo, de tanto abrazo del agua!

Y las manitas repletas, audaz mosaico romano!

Y, dejando su pereza y el respaldo de la barca, agachóse el escritor para recoger de la arena aquellas luces falaces y las piedrecitas negras y las redondas y blancas y los rizos de las conchas y la sal de la mañana.

Pescaban los dos chiquillos, en su tarea porfiaban los pescadores, corría el rojo perrazo, las aves del mar seguían cortando el aire, y el escritor y la niña, sin años entre sus almas, se llenaban los bolsillos de las chinas de la playa.

L. d' Andraitx

ca de su angustia. Seguía la radio, con su música escandalosa desde el fondo del patio.

En un reloj de péndulo que, encerrado en su caja, mataba uno de los ángulos de la habitación — tic - tac, tic - tac, tic - tac.. — se iban haciendo pedacitos poco a poco las horas, con desesperante lentitud. El reloj las cogía entre sus cascados dientes y las trituraba despacio, despacio, como si le costara mucho trabajo masticar el duro tiempo, y lo rumiara largamente en el ir y venir, en el venir y el ir del pesado péndulo....

Doctor Samuel